

DAVID SLODKY

IGNACIO

*– ¡Ignacio, cuidado!
El chirrido de la frenada, el estrépito del impacto, el silencio del desmayo.
Despertó en la ambulancia en la que los trasladaban.*

Algo de él le llamaba la atención. ¿Lo taciturno que era? ¿El que no sonreía casi nunca? ¿Su voz, clara, sonora, imponente, que sólo se escuchaba cuando respondía – siempre con solvencia – alguna pregunta de algún profesor? ¿La tristeza infinita que trasuntaban sus ojos? ¿Su negarse en silencio, sin ambages, sistemáticamente, a cualquier iniciativa del grupo de jóvenes y jovencitas tumultuosas del 3er. año secundario que cursaban?

Ignacio había venido de otro colegio, y de otro, y de otro, según había podido averiguar. “¡Qué aparato que es el boludo este!” comentaba. “Sí, es un boludo que se hace el qué... ¡Insoportable!” era lo menos que le contestaban.

Carolina lo cuchicheaba entre sonrisas con sus compañeras, mirándolo de soslayo, haciéndole gestos burlescos a sus espaldas, mientras charlaban si iban a ir al boliche esa noche, si se juntaban en un cyber o se metían en un chat de gays o de lesbianas para reírse un poco, o si se subían un poco la pollerita, desafiando las indicaciones del colegio, para mostrarles un poco de piernas y que se les caigan las babas a esos pavotes de compañeros que tenían, o para reírse de esos viejos verdes que dictaban clases sin poder sacar sus ojos de los juveniles muslos, ofrecidos como al descuido, a las extasiadas y morbosas miradas...

Cuando el profesor de Lengua les dijo que tenían que formar grupos para un trabajo de investigación sobre autores españoles, lo encaró directamente, sin consultar antes a sus amigas: “Ignacio, ¿te sumás al nuestro?” Él la miró unos segundos sin contestar, y luego musitó: “Yo trabajo solo...”. “Pero el profesor dice que este trabajo hay que hacerlo en grupo...” – insistió ella. Él se alejó sin contestar.

“Que quiere de mí la tilinga esta” – pensaba Ignacio mientras volvía a su casa, a dos cuadras del colegio. Apenas había logrado disimular la turbación que esos grandes ojos sobradadores le produjeron al mirarlo directamente. “Por qué no me dejan en paz...”, musitó.

El grupo se reunió en casa de Carolina. Ignacio tuvo que ir, luego de recibir la confirmación imperativa del profesor.

“¿Qué autor tomamos? A mí me gusta Pablo Neruda” – dijo Carolina.

“Es Chileno” musitó Ignacio, mirando el suelo.

“Claro, boluda – dijo Verónica –. Tiene que ser español. ¿Por qué no lo agarramos al coso ese de La princesa está triste, qué tendrá la princesa?”.

– Rubén Darío es de Nicaragua – volvió a farfullar Ignacio.

Se produjo un silencio incómodo.

“Bueno, ya que lo sabés todo, proponé algún autor vos” – dijo sarcásticamente alguien.

Ignacio levantó la vista. “Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, no sé, el que quieran...”.

“Ese del burrito, es medio aburrido pero es rechuro” – dijo Carolina.

“Juan Ramón Jiménez” susurró con la mirada perdida Ignacio. Y como si hubieran tocado el “play” de una cinta grabada, comenzó a hablar del poeta, de su recóndita melancolía, de sus versos llenos de tristeza, de su miedo pánico a la muerte, de su búsqueda obsesiva de la perfección y el despojamiento total en sus poemas, de la sobrecogedora historia epistolar de sus 24 años... les recitó íntegra la “Carta a Georgina Hübner, en el cielo de Lima” culminando dramáticamente con los versos finales “Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran, ¿qué niño idiota, hijo del odio y del dolor, / hizo el mundo, jugando con pompas de jabón?” Se produjo un hondo silencio. “Pero él encontró luego a Georgina...” dijo haciendo una pausa, concitando la intriga de todos. “La encontró en Xenobia Camprubí, la exquisita traductora de Rabindranath Tagore, tan emparentado poéticamente con Juan Ramón Jiménez...” – completó, como hablando para sí mismo.

“Bueno, che, esto se está poniendo aburrido. ¿Por qué no hacés el trabajo vos solo, Ignacio, que se ve que te gusta, y lo firmamos todos?” – dijo Valeria.

“No seas chanta – dijo Carolina – qué vagoneta que sos...”.

“No hay problema” – espetó Ignacio, levantándose acto seguido y balbuceando apenas un chau.

“¡Qué plomazo!” fue el comentario al unísono. Carolina sonrió. “Pero cómo sabe el chabón”, agregó.

“¡Por qué soy tan estúpido de tirar margaritas a los chanchos!” se castigaba Ignacio mientras caminaba hacia el insondable y cobijante silencio de su casa.

El profesor felicitó al grupo por el trabajo, e hizo que Carolina leyera algunas partes al frente del curso, mientras aprovechaba para mirar la esbelta figura de la joven, fingiendo un desmesurado interés por lo que leía.

Y si bien el trabajo lo había redactado fundamentalmente Ignacio, Carolina también había intervenido. Había comenzado a ir sistemáticamente a casa de él, a las siete de la tarde; llegaba, y a pesar de la hosquedad manifiesta con que era recibida por doña Antonia, la empleada, preguntaba por Ignacio y se adentraba en el estudio de la enorme casa, donde siempre estaba él, que la recibía distraídamente en el mejor de los casos, interrumpiendo apenas sus tareas.

Le rogó que le leyera algunas de las cartas intercambiadas en ese legendario romance epistolar, balbuceando sorprendentemente “¡Ay! Quién como Georgina para inspirar un amor así en la vida triste de un poeta!”. Ignacio la miró, como buscando algún gesto burlesco en el rostro pícaro y bello de su compañera. Pero el semblante de ella, en ese momento, había cambiado: dos surcos en el entrecejo siempre despejado marcaban un hondo sentir, mientras una blanca y tenue sonrisa distendía sus labios.

El comentario sobre el “Platero, tú nos ves, ¿verdad?”, lo escribió ella, e Ignacio lo aprobó en silencio.

Las amigas se dieron cuenta de las asiduas visitas de Carolina a la sombría casa de Ignacio. “¿Qué hacés con el ortiva ese?” Carolina sonreía picarescamente. “Ya vas a ver que me lo voy a voltear al badulaque este”. “¡Qué, ¿te gusta ese?!” {No pero quiero bajarle los humos a este que se cree tan distinto. Le voy a demostrar que a él también se le para cuando me le encime un poquito; y cuando quiera manotear me le voy a reír y lo voy a dejar pagando...”.

Estaba estudiando francés cuando llegó ella. Se sentó frente a él, quien después de balbucear un “hola”, siguió con sus tareas.

“¿Cómo se dice *Yo te amo* en francés?” preguntó ella, mirándolo fijamente.

“*Je t'aime*” respondió, sonrojándose, sin levantar la vista.

Se acercó a él, y se sentó al lado, mirándolo. Ignacio siguió leyendo, pero a Carolina no se le escapó que el gaznate había subido y bajado casi imperceptiblemente.

Como al descuido, apoyó la desnuda pierna dejada al descubierto por la exigua minifalda en el muslo de él. Le pareció percibir claramente la turbación que estaba provocando. De golpe Ignacio inspiró fuertemente las

fosas nasales y Carolina se separó como un resorte.

– ¡Ay, qué asqueroso!

El esbozó una sonrisa, y siguió estudiando.

El día de la madre, se hizo un acto en el colegio. Ignacio faltó. A las compañeras no les pasó desapercibido ese hecho. “¿Vieron que nunca habla de la madre? Dicen que los abandonó, que se fue con un tipo...”.

– ¿Así que nunca habla de la madre? – dijo Carolina –. Les apuesto a que yo lo hago hablar. ¡Si ya me leyó páginas de su diario! ¡Es tan fácil hacerles creer que una se interesa en ellos! En el fondo todos son unos creídos. ¡Pero escribe bien el chabón! Aunque es muy triste... La verdad que me está aburriendo ya, parece que no se le para nomás. Pero de curiosa que soy le voy a sacar qué secreto guarda su almita... ¡Jiji!

– Averigüale, así nos reímos un poco de la pena que lo invade! ¡Jua jua!

– Miren, les doblo la apuesta: voy a lograr que hable de su madre, y voy a lograr que el aparato se enamore de mí y me diga que me quiere. Y entonces me le voy a cagar de risa.

Ignacio la está esperando. Ya se acercan las siete, ya refunfuñará Antonia cuando suene el timbre con ese sonido que él es capaz de reconocer entre mil, ya se estremecerá su corazón sintiendo los pasos de danza con los que ella se acerca al estudio...

“Hoy has venido a verme, amor mío.

Llegaste con tu paso ligero, tu cuerpo elástico – divinamente arrogante – y tu sonrisa de niña traviesa.

Te sentaste frente a mí, me miraste, te miré, y casi sin darme cuenta, como en un celeste susurro, te dije “Georgina Hübner”.

Acaso hayas adivinado lo que me quemó adentro, detrás de las palabras, porque el amor, como todo lo puro, como todo lo que me inspiras, es tan desmesurado que no se lo puede tapar con convenciones y silencios.

Georgina Hübner... Carolina... ¡Amor mío!

Tú tampoco, como Georgina, existes para nadie sino para mi triste soledad, aunque tú no lo sepas.

Nadie conoce como yo tu alma pura de ciervo herido, nadie como yo sabe del canto de tu risa fresca, ni de tu pena de niña que se busca, pero ¡ay!, no se logra. Si pudiera decirte, si pudiera vencer este miedo torpe que quema las alas de mis sueños, si pudiera pedirte que levantes tus ojos a los míos, allí, en lo más puro, en lo más celeste de ellos, te encontrarías....

Te enteraste ya – ¡la primera, la única! – que este pobre niño feo tiene un diario en el que vuelca su alma de poeta – ¡malo o bueno, qué importa! –. Pero, ¿sentiste acaso el calor de mi mano que, sin tocarte, acarició dulcemente tus cabellos suaves, del color de mi pena? Supiste hoy de mis tristezas de hombre, de mis alegrías de niño. Pero ¿escuchaste acaso el

Durante una semana Ignacio no fue al Colegio, ni Carolina a casa de Ignacio.

Logró que su madre le contara lo que era un secreto a voces: el padre de Ignacio se había casado con una mujer de Buenos Aires, mucho más joven que él. Parece que la celaba mucho, “no se puede ser impunemente feliz con una mujer casi veinte años menor” – habría dicho alguna vez. La golpeaba. Ignacio, el menor de cuatro hijos, era el más apegado a su madre. Debió haber sufrido mucho esa violencia. En un momento la mamá habló con sus hijos, inclusive Ignacio: se iba a separar de papá. El padre maniobró antes: hombre de prosapia y sólidas vinculaciones, utilizó sus aceitados contactos para excluirla del hogar acusándola de insana mental (quizá algo de cierto había, después de ser víctima de tanto delirio celotípico, de tantos golpes). Ignacio tenía siete años cuando de un día para el otro, ya no pudo ver a su madre. Infructuosas fueron las luchas que esa pobre mujer intentó dar: el localismo y el machismo provinciano pudieron más. De vuelta en Buenos Aires, enloqueció definitivamente, y se ahorcó colgándose de un ventilador. Se decía que a Ignacio nunca le habían aclarado nada, ni siquiera que mamá había fallecido en un accidente, como les mintieron a los hijos mayores. Se decía también que los labios del niño, como obedeciendo a una orden, nunca más musitaron la palabra “mamá”.

Carolina volvió a tocar el timbre de la silenciosa casa. Antonia, la vieja criada, la hizo pasar hasta el estudio. Ignacio la miró.

– Ignacio, nunca más voy a hacer nada ni decir nada que pueda dañarte. Quiero acompañarte en silencio quiero aprender algo de todo lo que sabés, de todo lo que tu alma enorme tiene para dar, si te animás a enseñarle a este torpe animalito que soy, que te ama, que te pide que lo domestiques...

Ignacio la miró largamente. Luego dijo: “No te pongas tan seria, no me quites tu risa.”. Leyó entonces, mirándola a los ojos, la página del diario que unos días antes había escrito. La abrazó, la besó con ternura, casi con devoción, y la invitó a celebrar dando un paseo en la moto que ese mismo día su padre le había comprado.

Momentos antes de chocar, girando la cabeza hacia ella que venía en la grupa, le dijo “Te quiero, Carolina, te quiero mucho. Soy el ser más feliz del universo”.

Cuando despertó, lo miró. Él tenía la cara entre sus manos, pero pudo ver sus ojos cerrados. “Mamá, cómo me duele la cabeza...” – dijo.

Tenía quince años. Carolina no asistió al velatorio ni al funeral.